

yo casualmente delante de la iglesia llamóme poderosamente la atención; detúveme en la acera de enfrente, y le estuve contemplando largo rato, discurrendo respecto de cuál podía ser la causa determinante de tan extraña alegría. Fijóseme en la mente el aspecto franco y placentero de aquel soldado y me alejé.

Al otro día tuve ocasión de saber casualmente lo que me había preguntado la tarde anterior. Aquel soldado se hallaba en el cuarto año de servicio: por una serie de circunstancias que no hacen al caso, no había logrado obtener en todo este tiempo ni la más breve licencia para volver á su pueblo y abrazar á su familia. ¡Cuatro años! Para un soldado de corazón amante de sus padres y del lugar donde nació y había crecido; de índole dulce y melancólica, y sin una sola de las inclinaciones que adormecen en el pecho los afectos más vivos, y en la memoria los recuerdos más caros, que así era, según supe, el soldado de que se trata, cuatro años transcurridos sin haber visto á la familia ni haber vuelto al pueblo, debían parecer una eternidad. Y se lo habían parecido realmente: su propensión á la melancolía se había aumentado: en el cuartel estaba casi siempre taciturno; fuera de él veíasele casi siempre solo. En las horas de paseo, en tanto que sus compañeros se solazaban en los jardines públicos prodigando caricias á los pequeñuelos conducidos por graciosas niñeras, solía él medir á grandes pasos, con la barba apoyada en el pecho, la plaza de armas, ó sentado en un banco de piedra en el extremo de una calle solitaria, mataba el tiempo trazando figuras en la arena con la punta del pie. Y siempre pensaba en sus padres, en los amigos, en aquellos sitios que hacía cuatro años no había visto, y sobre todos y sobre todo, pensaba en su madre. Era ésta una pobre campesina vieja y enfermiza, pero de índole jovial y profundamente amorosa: un verdadero corazón de ángel. De todos sus hijos aquel á quien amaba con mayor

ternura, y, si así puede decirse, con un sentimiento particular de lástima y solicitud, era, como es natural, el hijo soldado. Éste le escribía, ó le hacía escribir con frecuencia, y sus cartas leídas y releídas, besadas y rebesadas, y guardadas respetuosamente en el seno como reliquia veneranda, mitigaban en parte la amargura de la ausencia. De la propia suerte al hijo las cartas de la madre. Pero esto no bastaba. Era menester otra cosa. Las cartas al fin y al cabo no son más que cartas, y las madres que aman quieren ver á los hijos de su corazón, quieren mirarlos, quieren tocarlos con las manos y comérselos á besos; y en cuanto á los hijos que son dignos de ellas, no les basta saber que aquella cabeza encanecida por los años se halla en su casa y piensa en ellos; quieren estrecharla entre sus brazos; quieren cubrir de besos aquella cabeza encorvada y aquellas canas venerables. Y sin embargo, lo mismo aquella vieja que su querido soldado, durante aquellos cuatro años habían llevado una vida continuada de esperanzas frustradas, de ilusiones perdidas, de tristezas amargas, de decepciones, de desgarradora ansiedad. El hijo, procedente de una pequeña región del Norte de Italia, había sido trasladado con su regimiento á Sicilia, donde permaneció durante dos años (¡en Sicilia, pobre mujer, con tanta agua como hay que atravesar!); desde Sicilia había pasado á la Calabria, y en ella permaneció otro año, y finalmente, otro en la Italia central. Cuando menos podía esperarlo, difundióse un día por el regimiento la voz de que se iba á marchar. —¿Y adónde vamos?— preguntó nuestro soldado al sargento de su escuadra, teniendo la respiración pendiente de su respuesta. — Á la Italia septentrional, —le dijo aquél. El corazón le dió un salto. —¿Á qué punto?— volvió á preguntar, brillando la ansiedad en sus ojos. Manifestóle el sargento el nombre de la ciudad: era la más próxima á su pueblo. —¡Viva!— gritó. Y olvidándose de toda otra consideración, abrazó al sargento, falta de respeto que le costó unos días

de arresto. Aquella misma noche, en cuanto pudo, escribió á su casa.

Tal era la causa de la alegría que aquella noche lo dominaba. La ciudad á la cual llegamos aquella mañana distaba muy poco de su aldea.

Y ahora, con lo que supe después, con lo que yo mismo presencié, y con lo que no pude ver, si bien fácilmente puede imaginarse, y que debió suceder tal cual se me figura, voy á hacer os un relato que, cuando no otra cosa, ha de despertar en vosotros el deseo de darle á vuestra madre un beso; pero algo más íntimo que los que le dais habitualmente.

Habían pasado dos días desde nuestra llegada. Nuestro soldado le estaba dando vueltas al plan que tenía concebido, respecto á solicitar una licencia de algunos días para ir á su casa, cuando al anochecer del segundo de ellos penetraba en la cuadra en que estaba alojada la compañía á que pertenecía, el cabo cartero, y encarándose con él le dice entregándole una carta:—Toma: viene de muy cerca.—Cogerla, abrirla con mano temblorosa, acercarse á una ventana del extremo del dormitorio y fijar en ella los ojos, humedecidos por dos lágrimas, obra fué de un solo instante. Leyóla rápidamente, acompañando con el movimiento de la cabeza el de los ojos al recorrer las líneas, y balbuciendo apresuradamente las palabras: después la estrechó entre sus manos, dejó caer los brazos al par que levantaba al cielo los ojos, y aquellas lágrimas, que durante la lectura temblaron en sus párpados, desprendiéronse al fin, se deslizaron perezosas á lo largo de sus mejillas, y fueron á caer, tibias aún, sobre sus manos. La carta era de su madre, y decía: «Mañana iré á pie á la ciudad: ¡cuatro años hace que no te he visto! ¡Hijo de mi vida, no puedo más: necesito abrazarte!»

Aquella noche le fué imposible conciliar el sueño. Metióse debajo del cobertor intranquilo é inquieto, sin lograr postura cómoda, dando vueltas y más vueltas á uno y otro lado, unas

veces boca arriba; boca abajo otras, y siempre inútilmente, pues la ropa le fatigaba y sentía un calor extraordinario, un peso enorme encima, una inquietud desusada, un afán de moverse y una avidez nunca sentida de respirar en campo abierto. Tan pronto cogía con ambas manos el embozo de la cama y se cubría hasta el cuello, como lo apartaba de sí bajándolo hasta las rodillas, suspirando, jadeando cual si se hallara dentro de un horno. De cuando en cuando se sentaba en la cama y paseaba una mirada en derredor de sus compañeros, que dormían tranquilamente como suele dormirse en primavera. Contemplaba después el breve espacio del cielo que se distinguía á través de una angosta ventana, abierta en la pared opuesta, y pensaba:—¡Quién tuviera la dicha de respirar aquel ambiente!—Dirigía después sus miradas á una lamparilla colocada en uno de los ángulos, cuya luz temblorosa, brillando y eclipsándose alternativamente, producía en su ánimo el efecto de alargar el tiempo y hacerle más pesadas las horas. Después volvía á echarse para pensar en el día siguiente, cerrando los ojos y haciendo por permanecer en una misma postura, para ver si por tal medio lograba dormirse; pero siempre inútilmente. Aquel dulce pensamiento no le concedía reposo: el cuerpo permanecía inmóvil; los ojos los tenía cerrados; pero el corazón le latía apresuradamente, y cada uno de sus latidos parecían decirle: no dormirás; no dormirás; y al cabo de breves instantes no tenía más remedio que abrir de nuevo los ojos y volver á contemplar lo que antes había mirado. Así pasaron muchas horas. Vencióle al cabo el cansancio, sosegósele el corazón, aquietóse la mente alborotada y se durmió. Soñó entonces en lo que le esperaba al día siguiente: soñó en su madre. Parecíale verla allí, delante de él, de pie junto á la cabecera de su cama, tranquila, sonriente: parecíale que pasaba suavemente la mano sobre su frente, y que él se la cogía respetuoso y posaba sobre ella sus labios. Después, de repente, le pareció que se había vuelto

niño, que se hallaba en su casa, y uno en pos de otro se ofrecieron á su mente cien sucesos insignificantes de su infancia, y en todos ellos veía siempre á su madre en ademán de confortarlo, llorosa; ó de defenderlo de su padre que le amenazaba; ó de curar una herida que se hiciera al caerse; ó de asistirlo enfermo, siempre anhelante, siempre amorosa y compasiva, siempre solícita, siempre madre! Después se vió adulto; viniéronsele á la mente el día de la partida, el llanto de su madre, los abrazos repetidos y prolongados, los adioses tiernos y las palabras de consuelo dadas y recibidas, y sintió que el corazón se le oprimía de la misma manera que aquel día se le había oprimido. Sintió en derredor de su cuerpo el dulce y estrecho abrazo de su madre, que no podía conformarse con que marchara; hizo un esfuerzo para desprenderse de él; no pudo lograrlo; dió un suspiro y... despertó. Miró en derredor, procuró serenarse. Representósele claramente la dicha que al cabo de algunas horas le esperaba, y con semejante idea alcanzó un momento de dicha inefable, que se puede comprender, mas de ningún modo describir.

Á poco resonó en el patio del cuartel el toque de diana. Los soldados dejaron las camas. Vistióse él apresuradamente, y con rostro alegre y sereno; pero febricitante, y con el alma presa de vivísima agitación, entregóse como los demás á los quehaceres matutinos. Arrastraba los pies, mordíase los labios, pasábase de cuando en cuando la mano por la frente, que le ardía, y preguntaba con frecuencia á sus compañeros la hora, y á cada instante se miraba de pies á cabeza para ver si iba debidamente aseado y tenía cada cosa en su sitio.

Al cabo llegó aquel suspirado medio día. Suspirado, sí, porque habiendo salido su madre del pueblo á las nueve de la mañana, según decía en la carta, teniendo en cuenta lo largo del camino y la lentitud con que podía recorrerlo dados sus achaques y sus muchos años, no era posible que llegara á la ciudad antes del toque de llamada para ir al ejercicio de

esgrima, es decir, á eso de la una de la tarde. En vista de esto, y haciendo uso de la carta de su madre, alcanzó nuestro buen soldado que se le dispensara por aquel día de formar con el regimiento. Salió, pues, la fuerza á la hora de costumbre; quedaron, en consecuencia, desiertas las cuadras, y él, subiendo en cuatro brincos la escalera, acercóse á su cama, y se apoyó en ella un momento, pues á duras penas podía sostenerse en pie: tales eran su emoción y su ansiedad.

Sentóse al cabo en la cama, apoyó los codos en las rodillas y el rostro en las manos, fijó en el suelo la mirada y dió suelta á sus pensamientos: — ¡Vendrá, sí, vendrá, aquí, aquí precisamente, á este cuartel! — Y sonriendo dulce y amorosamente, acariciábase la frente con ambas manos. — ¡Cuatro años hace que no la veo! ¡Cuatro años! — Y los señalaba con los dedos de su diestra. — ¡Cuán largos han sido! — Y retraía á la memoria las tristezas pasadas; los desfallecimientos sufridos; las amarguras que había experimentado en el transcurso de este tiempo. — ¡Oh! — exclamaba después con acento suave y tembloroso, juntando las manos y moviendo levemente la cabeza con los ojos fijos en un punto de la pared, en ademán de decir: ¡pobre madre mía! y realmente decía: — ¡Pobre madre mía! Y tú vienes de tan lejos nada más que (para venir) á verme, y vienes sola, y á pie, y caminas horas y más horas bajo los rayos del sol, y llegarás á esta ciudad tan grande, con las calles tan llenas de gentes, sin saber dónde estoy, y deberás preguntar cien veces dónde está el cuartel, y permanecer tanto tiempo en pie, sola, vieja, enfermiza, fatigada, y acaso te perderás en las calles de la ciudad, y darás vueltas y más vueltas, y se te partirá el corazón de dolor viendo que no logras encontrarme!... ¡Pobre viejecilla! — Y permanecía en la misma actitud, con las manos juntas y la mirada clavada en la pared, y ora se mordía el labio superior, ora el inferior, y cerraba de cuando en cuando los párpados, cual si pretendiera contener el llanto que estaba

pronto á surgir. Y de cuando en cuando repetía: — ¡Pobre vieja! ¡Pobre madrecita mía!

Después se pasaba ambas manos por el rostro, sacudía la cabeza, exhalaba un suspiro, saltaba de la cama y recorría la sala á grandes pasos, arriba y abajo como viajero apresurado. Parábase al cabo de repente. — ¿Será hora? — Corría á la ventana que caía á la calle, se asomaba sacando la mitad del cuerpo fuera del antepecho, miraba á derecha é izquierda una y dos y tres veces. Nada. La sangre se le subía á la cabeza. — Pensemos en otra cosa, — decía para sí, y para engañar el tiempo y mitigar lo penoso de su situación, hacía por apartar de la mente la imagen de su madre: ¡Apartar aquella imagen! ¡Pobrecillo! Era esta empresa superior á sus fuerzas y renunció á ella.

— Mira, madre, — decía después en alta voz sacudiendo ante el rostro sus dos manos abiertas, — yo te quiero mucho, mucho, mucho... — Miró en derredor, y viendo que nadie podía oírle, continuó: — Más de lo que puedes figurarte. Tanto que es imposible querer más en este mundo. — Y dejando caer las manos juntas sobre la cama, seguía moviendo dulcemente la cabeza, cual si quisiera expresar con más claridad por medio de la acción el alcance de sus últimas palabras. — ¡Es imposible querer más! — De pronto volvía en sí, y — ¿Será hora? — se preguntaba de nuevo una vez y otra vez, y se dirigía á la ventana, y de pronto se detenía, y volviéndose de espaldas decía: — No, no hay para qué mirar. — Y golpeaba el suelo con el pie como queriendo dar más fuerza á su propósito. Pero sonreía, y aquel sonrís significaba: — ¿Y por qué no? ¿Qué inconveniente hay en ello? — Y en efecto, pasados unos instantes volvía á asomarse á la ventana y miraba. — ¡Nadie!

Volvía junto á la cama, y buscaba de nuevo la manera de engañar el tiempo. Doblaba uno de los brazos, apoyaba la barba en la mano del mismo á medio cerrar; descansaba el codo del brazo en la palma de la otra mano, y fijando

los ojos en la cama y apoyando sobre el tablado una de las rodillas, se trasladaba con la imaginación á su casa, veía á su madre haciendo un hatillo de camisas y pañuelos, toda contenta y afanosa, cargar con él, despedirse de los suyos y ponerse en camino. Después la acompañaba con la mente á lo largo de aquel camino, tan largo, tan largo, bajo los rayos del sol, en medio de las nubes del polvo levantado por los carros y los coches que pasaban á todo correr. Y aquellos carros él los veía pasar rozando el vestido de la pobre mujer, tocarla, acometerla; y ella, anciana, cansada, y pudiendo sostenerse apenas sobre sus piernas mal seguras, á duras penas lograba ponerse á salvo de la embestida de aquellos carros; y de pronto apareció un coche que corría á escape tendido, que se le iba á echar encima sin que pudiera evitarlo. — ¡Apártate! — exclamaba el tierno hijo sin osar siquiera despegar los labios, al tiempo que, sin darse cuenta de ello, hacía con la mano un ademán cual si quisiera cogerla del brazo y arrastrarla hacia un lado. Y con el dedo le indicaba los guardarruedas á fin de que no tropezara en ellos, y los paseos llenos de acopios, y las zanjas que se abrían al pie de los taludes, y le parecía al fin que la pobre vieja, al cabo de tanto y tanto andar, encorvada bajo el peso del envoltorio, rendida de cansancio, acosada por la sed, exhausta de fuerzas, iba á caer, y su corazón se le oprimía, y sentíase acongojado, y sin darse cuenta de ello, decía: — ¡Ay, pobrecita madre mía! Dámelo á mí el envoltorio: deja que lo lleve yo: cógete de mi brazo. — Y adelantaba el brazo derecho, y parecíale que entre él y la cintura sentía el contacto de otro brazo tembloroso, y con la mano izquierda, sin interrumpir un solo instante la inmovilidad de sus ojos, palpaba el ambiente hacia la derecha, á la altura del costado, buscando la mano de su madre.

Después volvía en su acuerdo. La idea de que al cabo de pocos instantes habría abrazado á su madre ofrecíase á su

mente clara y precisa, y saboreaba como la vez primera toda la dulzura en ella encerrada; y se animaban sus ojos, y los labios se le estremecían, y á impulsos de la alegría se agitaban los rasgos todos de su semblante. Una sonrisa apenas perceptible, después una risa franca, después una carcajada convulsiva: el pecho y la espalda ofrecían el mismo movimiento del que está jadeando á consecuencia de una larga carrera. Agitado, convulso, dejábase caer sobre la cama con el rostro entre las manos y ocultaba contra el cobertor aquella mezcla violenta de risa y de llanto, moviendo aún la cabeza como si dijera: — ¡Pobre madre mía!

— ¿Te vuelves loco? — gruñó un cabo atravesando el dormitorio, y deteniéndose después junto al umbral de la puerta por donde iba á salir.

El soldado saltó de la cama, se puso en pie, volvió el rostro y le contempló enternecido y sonriente: no había comprendido. El cabo desapareció murmurando: — ¡Está loco! ¡está loco!

En cuanto quedó solo, permaneció un rato pensativo, y luego, cual si de repente le hubiese asaltado una idea, cogió la mochila que estaba puesta sobre la tabla del pan, colocóla encima de la cama, la abrió después de haber fantaseado buena pieza, en tanto que con los dedos temblorosos trabajaba en soltar las hebillas, revolvió apresuradamente su contenido con ambas manos, y al cabo vino á sacar cepillos, peines, cajitas y otros trebejos, y arreglándolo y disponiéndolo todo con orden, tomó en la mano uno de los cepillos y apoyando en el tablado de la cama uno de los pies, inclinóse y comenzó á sacarle lustre al calzado, deteniéndose de cuando en cuando para examinar si relucía lo bastante. — Quiero pulirme, — decía á sí mismo, poniéndose muy serio y formal, en tanto que seguía en su tarea; — quiero que mis zapatos brillen lo mismo que un espejo; quiero estar hecho un buen mozo; quiero agradecerle. — Y en cuanto les sacó



La vida militar.

LA MADRE. — Y la contempló largo espacio mirándose en sus ojos